



LOS QUE NUNCA SE HAN MARCHADO

ALVARO LEÓN PERICO

Autor de los libros: *Etnografías de los actos de habla escolar*, *Rutas de deseo y saber*, *Metáforas de la voz materna*, *La infancia mutilada*, *Transversalidad curricular* y *Travesías para refabular la infancia*.

ESCUCHA EN CLAVE DE SOL

Otras voces para otra escucha, está cerca la hora de la hospitalidad, el instante soberano, el silencio del tiempo licuando sus fragmentos sobre los bordes de mi voz entrecortada, desvanecida entre urdimbres de lapsus y deseos; y el recuerdo de sus voces delgadas en el gesto de un adiós inmisericorde...socava la dolencia de la ausencia.

Sus voces...encendidos brotes de otoño cayendo por entre las grietas y las hondonadas de la piel; sonoras en los follajes selváticos de la memoria. Duelen los agujijones de los húmedos silencios que horadan los espacios de la imposible página; siento el trote de los estoraques, avanzan tras la medianoche de mis desiertos; me hieren las cadencias de sus amapolas danzantes.

Empujan la andadura de los caminos que no llevan a ninguna parte e invitan a desandar las sendas que borran su presencia.

Empino los pies en los barrancos que se diseminan como un viento extraviado, desdibujando montañas y precipicios, quiebres de los nevados derretidos en la mano que borra; mis dedos, molinos de viento en las aspas del horizonte, nubes desgajadas en el torrencial aguacero de la tinta sobre los pliegues de la hoja.

Estiro los brazos, respiro el olor del viento que ya no retorna, y sin embargo me impregna del aroma que revuelve recuerdos, donde el olvido ya no es el revés de la memoria sino la huella de una mariposa que quema sus alas con el polvo sideral de las llamas de las páginas adulteradas de la pasión escrita.

Deshilvano la piel, la refriego contra las rocas inmóviles, ocultas en el musgo milenario del corazón, siento que el devenir hunde en el espasmo la forma consentida del cuerpo, nado como el salmón engeguado por el blanco abismal de la corriente, donde la muerte espera burlonamente al acróbata.

Lucho sobre los bordes fronterizos de la nada junto a los remolinos inaccesibles de la página río, imposible mismidad del fluir intenso de las palabras inaugurando un oleaje delirante.

Navego sin desdeñar la fuerza de los remos de la sabiduría que producen los silencios en el restañar de las letras: adivino el rastro de las sombras que dejan las palabras, al atravesar el río infestado de cocodrilos sagrados, prestos a devorar mi cuerpo antes de retozar en la otra orilla del lenguaje.



Mi cuerpo anclado, barco fantasma sobre la cresta coralina de un puerto inverosímil. Espejismo de los horizontes que retumban en el quejido de los moribundos, de los cuerpos que jamás cubrirá la palabra que le falta a la muerte para convertirse en canto. Destino y reto del momento crepuscular, sólo el infinito de la nada gira en la proa de la incertidumbre...

Y más acá y más allá de mis soledades, vientos cardinales descentran el globo terráqueo. Escucho el trote lento de sus pasos despedazando a dentelladas la andadura de la palabra premonitoria, la resonancia de los augurios, el presagio de los afectos en la reverberación del no-yo.

Escucho lo indecible de sus voces plenas. Sibilantes lebreles, saltando por entre la hojarasca de mi piel mustia o en la punta de los dedos en el enredo de los últimos adioses.

Percibo el tono y el ritmo de sus dejos en la danza de los árboles, a la hora del supremo instante vespertino; escucho en el eco fatigado de la letra, el fuego del mediodía calcinando mis sienes; gota de miel en las fumarolas del silencio.

Lo sé y lo repite una y otra vez la desazón de la duda. Delicia y temblor de un claroscuro mañanero bajo un nubarrón de pestañas; es ella, tal vez, no, sólo una sombra de la palabra que la nombra.

Lo sé cada que el instante se quiebra sobre los huesos esponjados en los matorrales de la escritura; o en la levedad del aroma almendrado del verso. Lo sé en la partitura de la voz en las cisuras de la nada.

Abro las manos y corto la maleza de la cabellera de vientos premonitorios. Rugen las fieras, reptan los camaleones y los lagartos, calientan con sus cuerpos los caminos perezosos en las oficinas fantasmales de la identidad, junto a las máscaras roídas de los paraísos perdidos.

Reverberan las marcas de sus caparazones entre los aljibes y las praderas, a la orilla de los ríos que dibujan sus cabelleras líquidas las horas por venir y sopla sobre las sombras de las páginas nocturnas la llegada del mediodía;

Lo sé al sentir el espasmo de las letras, aves malheridas en los arrozales de los dedos cogitabundos, de los arcabuceros de la palabra;

Imperceptible eco de una campana moribunda en la torre de la iglesia hecha de sueños de espigas y polvo de torbellino de greda;

Lluvia de heliotropos en la mano del taroísta que tañe con las cuerdas de avena del espíritu del ahorcado;

Cada palabra titila bajo la máscara de la risa de un dios burlón, un dios enemigo de los dioses creadores de hombres con rodillas de légamo;

A la hora en que el universo apaga sus girasoles errantes.

Se enciende el milagro de la piel en el desgarrón intenso de la voz que muerde el deseo de saber en el dulce de durazno del jamás volverás. Duelen las palabras que al pronunciarlas deshojan el capullo de la risa y enturbian el viento que hace fiesta en los oídos; las que nos obligan a callar al disparar sus flechas contra las palabras que vuelan; o las que clavan sus dardos en las amapolas mañaneras; los que dicen quedamente: ¡escucha nuestro silencio y di a los cuatro vientos que amas, que te duele el dolor del otro, que hay que friccionar el ser hablado que mora en los amapolas alborozadas y nos hieren las palabras que se quedan en el fondo de los abrevaderos del



lenguaje donde calman la sed las hienas y se deslizan los cocodrilos hambrientos vencidos por la modorra de la tarde del lenguaje cansado!

A la puerta de los palacios los camaleones de lo mismo ensayan la danza del beso cínico en el año de la diosa Moneta y vergonzantes se chupan su propio estiércol de mamífero perverso por una migaja burocrática.

El que habla con voz propia sabe que todo silencio es al mismo tiempo el camino de ida y de retorno donde hay que construir puentes con manos infantiles.

Tenso el tiempo de la memoria que resuena en la cáscara quebrada de un huevo canicular sobre el eslabón que une mi carne al encuentro del mundo.

Las fronteras del yo-piel son acantilados rozando el precipicio y por entre los ramales de mi voz, caen las hojas del libro tejido por el tinte amarillento que produce miedo.

Siento el fluir del tiempo del lamento, grita con la voz fuerte de un batallón suicida: pestaña quebrada del crepúsculo contra un viento fantasmal; un viento de arenas arrugadas por la carga del paso lento de un camello en busca de un oasis en el desierto de la escritura.

Al brotar la palabra, corro hacia la otra orilla del silencio, exprimo sus jugos de ortiga y de mandrágora, rompo el cuerno del unicornio, inhalo en el hervor del silencio suicida el enigma de la vida, el argumento de la libertad, la cicuta y el polvoriento desgarrar del minuto que se niega al grito sin palabra de la carne.

Y ese silencio se arremolina borrando las huellas del caminar, a la espera del salto triple sin que nadie espere en el vacío gestual de la maroma.

Respirar y aspirar los vientos que pasan como golondrinas en el tejado de casas echas de espartos y gavillas lisonjeras y adobes de barro a medio coser. Caigo de bruces sobre las sabanas que se estiran debajo de las frases lentas; tropiezo con los verbos que se burlan de lo que le falta a la última hora cuando miro el minuterero en mi labio cantor: la eternidad.

Escucho el estallido de las caracolas sobre la cresta de una ola, la ola me engulle y todo se desvanece. Mi piel gota de agua bajo el peso del párpado que se niega a mi mirada.

Escondido entre los pliegues de un vendaval de pieles, veo en las ventanillas de las ventas del saber, alimañas, tarántulas que narran y sobreviven a lo que dicen en un trance de tristeza humana al filo del ocaso de la voz, naufragamos en medio de la tormenta de la voz cansada.

Los que nunca se marcharon viven en las altas montañas del temple de mi voz, los consiente mi voz, les regalo mi hospitalidad y me donan su palabra, transfiguran el eco de mi espejismo, suenan como campanas llamando a celebrar la aurora de la resurrección, la aurora de mis manos calcinadas como un cactus en flor en la mitad del desierto donde solo escucho el diapasón del infinito, el infinito que me enseñaron a padecer los que nunca se han marchado.

Escucho el tono y el ritmo de la voz de mis amigos, caen y hieren como estalactitas sangrantes por



entre el ramaje de recuerdos que empujaban las canoas peripatéticas sobre el río de las conversaciones nocturnas. Rocío de silbos de pájaros mañaneros en el momento de sentir el desgarrón del tiempo, el tiempo del desgarrón acentuando el frío de la piel, costra de abismo congelado entre las altas montañas de la vida donde izaron sus banderas entre jolgorios de palabras afiladas sobre la mesa del mundo de la voz que quiere convertirse en mármol mudo y sin embargo rebosante de porvenir.

Cumbres enormes y distantes, impetuosas y silentes, al igual que las palabras de fuego quemando el libro desleído en las manos de un idiota que imagina ser padre de sí mismo y de sus silencios domesticados.

Sobre el desfiladero de mis palabras

resuena el eco de los encuentros y las conversaciones que dibujaban verdes arrozales al filo de las voces perdidas.

Deambulan sobre las orillas del olvido, cangrejos asustados al lado de la memoria alegre;

Ya no vibra la voz cansada de los argumentos, empalidecidos por los horarios donde se arremolinaban las aguas que amedrantaban a los furibundos maestros de toga y cuchillos de braza ardiente para quemar la pregunta que evaporaba toda agua quieta en las aulas de clase.

Ahí, ríen mis viejos amigos, los que jamás se han marchado y se quedaron bajo el alar del lenguaje como una golondrina esperando el amanecer para emprender el vuelo peripatético con quienes se atreven a escuchar; conversan entre los pliegues de una caparazón de tortuga cifrada con palabras de tiempos torrenciales.

Los que jamás se fueron

Los invisibles agoreros trashumantes

Los nómades

Los peregrinos del tiempo entre el alba y el crepúsculo

Los itinerantes de ocasos en las pupilas de viajeros noctívagos

Los desgarradores de horizontes vespertinos

Los desenterradores de la muerte

Los que prefieren morir y se niegan a ser sepultados y llorados por las plañideras de la salvación eterna.

Ahí, están, danzando, coreografía de rostros atravesados por arco-iris intermitentes. No temen a los sacerdotes ni a los pastores de la muerte. Se burlan de los vendedores de cielos con insoportable eternidad,

No escuchan a los profetas del pecado y a los impostores de la vida.

Ahí, están,

desenvolviendo sus cuerdas de cristal de luna creciente sobre los abismos que inventan las sectas y las iglesias;

calentando sus piernas sobre los precipicios de la nada que los engrandece,

prueban el eco de sus voces contra las rocas milenarias del lenguaje.

Una y otra vez, templan sus tendones sobre el arenal crepitante del desierto donde los cocodrilos engullen la sombra del sol como un león el cuerpo de un cervatillo a pleno mediodía, Donde la palabra recibe el temple de toda eternidad.





Innumerables jorobas siderales vigilan el paso lento de las palabras
que despiertan el silencio bajo las palmeras de sus escrituras que dan goce al mundo de la vida.
Efigies con cabezas de cielos rasgados rumorán jeroglíficos sobre los ojos y los dedos fatigados por
la prosa muda del mundo,
las encrucijadas que esperan otros viajeros, otros intérpretes,
los que saben leer en un grano de voz el timbre del destino
y las batallas del silencio en las hendiduras del lenguaje.
Ahí están,
junto a los dioses sobresaltados por pesadillas humanas,
tras las montañas desdibujadas por jaurías de jeroglíficos que devoran el sol de los venados.

Los que jamás se marcharon,
machacan sobre las piedras de los caminos las hierbas del olvido, son los burladores de la
palabra divina,
los cazadores de vientos cardinales,
los que tañen cuerdas de liras intempestivas cardan olvidos.

Ahí están, bailan, cantan, ríen, desdibujan su cuerpo de espigas, deshojan sus brazos de amapola.
Celebrando el brote de la palabra verde del lenguaje,
palabras sin pesadez,
estalactitas de fuego aguijoneando el cuerpo de las palabras congeladas,
de las palabras contrahechas por el miedo a palpitar como un corazón apasionado.

Ahí están,
junto a los dioses joviales que esperan una nueva eternidad, que se niegan a recobrar la humani-
dad mientras los mortales no despierten,
mientras no vuelvan a danzar sobre la epidermis de la tierra
junto a los cojos, junto a los mancos,
a los afónicos, a los muecos, a los tristes, a los piadosos, a los temerosos.
Los dioses enrollan sus tristezas, a la espera de otras tierras,
de selvas celebradas por otros faunos, otros silencios, otros fantasmas, y de nuevo el canto del dios
Pan en los abrevaderos de la palabra,
a la espera de otros hablantes, y sin embargo, semejan árboles cargados de segmentos y redonde-
les de tiempo, escarcha engullendo el invierno sideral.
Hay fuerza creadora en sus palabras melancólicas, quedas, hay rastro de fuegos y
abrasamientos de gardenias, rastro de estrellas vagabundas en la fugacidad de sus rostros,
huellas de mediodías caóticos en los giros de la escritura.
Cantos y sonos de tambores al mediodía,
los dioses danzan sobre los bordes del caos- cosmos,
empollan el huevo roto de otro universo.
Donde mis amigos narran otras resurrecciones,
los dioses lloran de alegría, inundan la tierra de los señores de la muerte, los avasalladores de la
vida, los que no dejan rostro sobre rostro, los que mutilan las hablas y los cuerpos,
los aserradores de cabezas,
los que temen al nacimiento de otros seres, los que temen que los suplanten, que otros cantores
tomen el lugar de sus cuerpos.
Lloran los dioses, y se alegran los pastores, los nuevos empresarios de la salvación eterna, cuando
hinchan sus pechos y rompen sus gritos contra sus rodillas y resuenan los diezmos en las arcas



digitales y se desmaya el hipocondriaco y echa espumas por la boca la creyente que está curada de un cáncer terminal.

¿Y de la guerra qué? Los militares no tienen tiempo para escribir.
 ¿Y de la amistad y del amor qué? Los militares dicen que hay que odiar al enemigo de la patria. ¿Qué dioses amantes del odio inventaron la muerte? Los señores de la muerte. Los dioses infames cuando ensayaron la creación, los dioses que regalaron tácticas y estrategias a los señores de la muerte para hacerse poderosos, para hacer olvidadiza la memoria y el acto de morir; los señores de la muerte inventaron la muerte de los sepultureros de la vida eterna, la muerte para olvidar la palabra creadora de vida. El puño de muerte del estado, dilapida nuestros cuerpos, los cose con cuerdas venenosas, golpea el rostro de nuestras palabras, quiebra las miradas, impide ver más allá de las montañas, donde se han escondido los dioses creadores, los dioses dadores de vida muerte, los dioses dadores de sonrisas y cantos.

Los que jamás se fueron,
 hablan con los dioses tras las montañas,
 beben en el cuenco de sus manos la sabia del tiempo creador,
 el vino que destilan en los toneles de silencio los que celebran el festín de la palabra,
 la celebración del tiempo por venir,
 el tiempo de los sauces verdes en las orillas de los ríos secos.
 Los que jamás se fueron,
 ahí, están, mezclando el veneno y el contraveneno en los lindes de la muerte,
 ahí, están a punto de abrazarse con los dioses nómadas detrás de las montañas,
 al lado de los crepúsculos por venir,
 para mirar de reojo el día ennegrecido por el vaho vociferante de los señores de la muerte.

Los que jamás se fueron nos mantienen despiertos,
 hacen quisquillas en las plantas de los pies,
 llaman a la danza, a inaugurar otras andaduras,
 azuzan el deseo de correr nos recuerdan que los caminos se trenzan de senderos,
 infinitas rutas como playas burlando las olas del mar.
 Las huellas de los que jamás se fueron
 ahí, están,
 refrescan el calor de los desiertos que crecen como las almas en pena,
 de los oasis que celebran la somnolencia de las palmeras.

Mezcla de aire y sabor a dátil
 mezcla de alas y ausencia de vuelo.
 Los veo cabizbajos a la sombra de los jeroglíficos resacos, sobre las jorobas de los camellos y los dromedarios que huelen los signos que arden contra las pirámides desvanecidas en la cuenca del ojo del huracán del silencio sideral.
 Alzan los pies, ligeros danzarines desdibujando sus jorobas contra una tormenta de arena, junto a los cocodrilos que engullen adormilados atardeceres,



donde las gaviotas confunden el brillo de un cardumen de peces con el lomo de un arcoíris.
Ahí, están, meditando,
atragantados en el silencio de las cámaras mortuorias tensando el silencio piramidal,
incrustados como diamantes en un collar de ébano sobre el cuello de la media noche de la palabra.
Y, me hablan y al hablar ríen y luego danzan y saborean la palabra,
la palabra que sabe a sabiduría,
la palabra que desdice la palabra y sin embargo, nombra la nada de la palabra.
La nada de todas nuestras palabras, las palabras que ya no pronunciaremos
porque todos han huido.

El silencio que dice que nadie nos llama,
Que nadie nos habita.
La que nombra el silencio de la palabra con la que nadie nos habla
En el umbral de la puerta de la escritura.
La escritura que captura como una boa constrictora el delicado néctar de nuestros huesos
en el acto de morir.
Que se rompe como una cadena que ya no aprisiona
Que ya no regurgita nuestra piel de melocotón
Vuelven a tomar sus maletas de viaje en busca de otros senderos,
Maletas repletas de manojos secos de frases vacías las que solo
hacen mascullar su soledad al idiota,
donde ya suenan los cascabeles de la buena suerte.
Los que no se fueron hacen sonar sus pies sobre el asfalto de las calles empedradas del lenguaje
en un pueblo destruido por los señores de la muerte, y sin embargo se escuchan reverberar en los
labios el deseo de cantar,
entonan otros relatos,
visten pieles de arco iris y sus labios buscan mieles como un picaflor uniendo el cielo y la tierra, y
le añaden el brillo de infinitas noches estrelladas,
entre los agujeros negros del universo.
Retornan, están juntos, tejen nuevas corporalidades, ungen sus pieles,
con ambrosias de amistad, de promesas, de pactos, se hartan de risas, de avatares, de olvidos,
dicen somos otras memorias.

Los que nunca se marcharon, abren, ahondan caen las estrellas fugitivas entre los torrentes de mi
sangre donde aun corren ríos para bañarse muchas veces.
Ríos tramposos donde aun hay veneno para la presa incauta,
para el que tiene palabra y carece de garganta,
para el que dice amar y no tiene palabras para cautivar,
para el que solo repite las palabras del amo.
Ahí están, retornan con pasos ligeros, con pasos alegres,
interpelan al de los pies desgastados, para marchar por los caminos rotos entre los cascajales de
la memoria,
al que los pedagogos les taparon los oídos con gotas de hierro al rojo vivo,
al que jamás escucho el eco de la medianoche
sobre el pentagrama de un vientre sonrojado como una página en blanco,
al que solo sintió el peso del martillo y el rechinar de los dientes
a la hora de escuchar a su maestro,
al que la sonrisa de un niño le produce ira porque le recuerda que jamás tuvo infancia,



al que jamás sintió el canto mañanero del gallo y de la duda,
ni el silbo del turpial a la hora de enamorarse.
Ahí, están cargados de palabras,
Jugando como los niños con las olas del mar,
con las palabras preñadas de crepúsculos y cangrejos,
Con las palabras afiladas sobre los yunques del alba.
Los contemplo,
veo sus rostros- rastros curtidos de palabras inconclusas,
palabras no dichas para intentar cantarlas bajo la magia de la narración.
Erizadas en los padecimientos que rasgan las heridas en las raíces de una palabra maldecida.
Sus hablas me conmueven. Levantan poro a poro mi piel escaldada por el mutismo al mirar de
frente un extravío.
Hablas que hacen costra en las palabras,
sollaman la voz, haciéndola saltar en esquirlas de rocío esparcida por un vendaval.
Ventarrón de la vida en cada juguete olvidado en una playa inundada de caracoles deshechos.

Los que nunca se fueron siguen conmigo, amplifican mi propia corporalidad, multiplican mis vicisitudes, multiplican mis lluvias interiores, rotos están los cántaros para colmarlos de melodías, rotas están las manos para acariciar las asas y acercarlos a los labios para brindar por sus partidas, las que nunca fueron apostadas, ganadas o perdidas; arrecian las apuestas, tensan, y en cada jugada ríos salvajes verdean como selvas inhóspitas en las llanuras de mi espíritu; hablas noctivagas en la arboleda de mis manos semejando una manada de tigres adormilados, acosados y jadeantes por pesadillas de sangres que calman la sed de la muerte; como el buitre que está a punto de convertir mi cuerpo en carroña, mis propias manos viven de la caricia, sobreviven al roce de la piel, mi cuerpo salva mi cuerpo, abreva la nada de mi cuerpo en cada apasionamiento.

Las palabras de los que no se han marchado salva mi palabra, le devuelven todo el tiempo del mundo, le devuelven el fuego y el juego de la creación, le regalan la inmensidad de los horizontes, donde se libran batallas perdidas por quienes sólo han aprendido el alfabeto de la cruel sobrevivencia.

Ahí están, sus voces resuenan entre los quiebres de la escritura, retumban sus ecos debajo de cada letra herida, se esconden en los recovecos de la palabra lenta, de las palabras agudas, y moribundas como los ojos de las víctimas de los extirpadores de ojos del estado, de los buitres que cuidan el estado.

Todos ahondando los quiebres de mi voz, las cisuras de los relatos no contados o contados para descocer distancias entre la vida-muerte, hilvanando silencios y memorias, encuentros y desencuentros, humaredas de balas no tan perdidas de balas acertadamente encontradas con sus blancos.

Ahí, están, junto al girasol de medianoche desdibujando un jarrón azul, los urdidores de tramas, los narradores de memorias para el olvido, los amos de su propio destino, no, los esclavos de los vendedores de paraísos alucinantes.

Ahí, están, regalando lo que aún no poseen, dando parte del silencio que aún esperan de la sonrisa que aún no asoma en sus labios.

Ahí, están quien se atrevió a padecer por una clave de sol, por una corchea y le arrancaron la lengua para que no narrara lo que los señores de la muerte no pueden ver.



Arden las espigas en las travesías de la piel, el picaflor juega sobre las araucarias, abreva el instante en los pistilos del sentido.

Celebra el goce que nos regalan los que jamás se fueron

Los que nacieron de la greda húmeda del barro cocido y renacen en la palabra de los otros.

De los que siempre se deshacen y se reinventan,
se deslíen y se mezclan.

Sus voces resuenan en los bosques entre los grandes troncos,
entre las lianas poseen el encantamiento de la manigua del silencio de la hoja mordida
por la manigua,

del silencio que tritura la hormiga en su furor arrasador,
del silencio que aprisiona la liana para permanecer reverdecida.

Del silencio

de los aserradores de troncos de árboles, los que llenan de huesos carcomidos
el vientre de la selva.

Los que saben padecer, ahí están, a la espera del instante jovial, soplan con
sus labios de savia milenaria,

el aliento de la palabra en los bosques del lenguaje.

Ahí, están, nombrando los días que se nutren de otros rumores, de olores fermentados y cortados
como llagas enrojecidas, abiertas al cactus venenoso de los mercaderes de la Madera.

En las esquinas de las calles resuenan los cascos de los caballos desbocados del progreso,
caballos azotados por una lunada de reflejos en los espejos de las obsidias
sagradas de la civilización.

Cortados por un cuchillo de pedernal en las manos de los sacerdotes que encienden las hogueras
para tibar los huesos de los dioses irreverentes, de los dioses que se burlan de los dioses, allí,
donde los tambores celebran la existencia de los dioses que ríen, danzan, cantan, de los dioses que
vinieron a enseñarnos que debemos ser nuestros propios dioses creadores.

Contra los dioses aniquiladores, los que han venido a traer la guerra, los que dan poder a los señores de la muerte.

Ahí están, errabundos en las calles, en los parques, en los bares, en las estaciones de tren, en los portales, en los aeropuertos, sobre los umbrales peripatéticos de las puertas de las ciudades.

Ahí están de pie dueños de sus propios juramentos, con sus pecados veniales y graves, jugando y pintando el destello de otros mundos con sus bocanadas de humo, humos de heliotropos,
Humos de amapolas,

Humos de néctares y ambrosias

Humos de opio, anfetaminas, LSD, marihuana, ajeno, incienso y mirra. Yagé, cocaína y peyote.

Los que nunca se fueron, miran de lejos a los que se han ido, los que quieren ir al otro mundo pasando por el agujero del culo del monstruo del capitalismo, a los que huelen y sacan su lengua diariamente del ano del capital.

Mis amigos, los que jamás se marcharon, los que no hablan contemplándonos con ojos de recién resucitado, mil veces resucitado, una y otra vez, llamando a la vida, por los dioses creadores, por las potencias de la risa, del canto de la danza, por el pensar del pensamiento, por la profunda y eterna alegría de vivir y morir.

